

El método de la gracia
Un sermón del pastor George Whitefield (Parte 1 de 2)

123:1

128:1,2

Lectura: Jeremías 6:1-21

Lay Ley – 431:4

382:1,3,5

102:1-4

69:1,2

Querida congregación:

Esta mañana, tenemos un sermón de pastor George Whitefield. El sermón es largo, y, por lo tanto, queremos leer la mitad esta mañana y la otra mitad el próximo domingo.

Las palabras de nuestro texto las pueden encontrar en:

Jeremías 6:14 — ‘Y curan el quebrantamiento de la hija de Mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz’.

Así como Dios no puede enviar a una nación o a un pueblo mayor bendición que la de darles pastores fieles, sinceros y rectos, así también la mayor maldición que Dios puede enviar sobre un pueblo es entregarlo a pastores ciegos, no regenerados, carnales, tibios e inexpertos. Y, sin embargo, en todas las épocas, encontramos que ha habido muchos lobos vestidos de oveja, muchos que han engañado al pueblo y que han profetizado cosas más agradables de lo que Dios permitía. Así como fue entonces, así es ahora. Hay muchos que corrompen la Palabra de Dios y la manejan con engaño. Así sucedió de manera especial en la época del profeta Jeremías, y él, fiel a su Dios quien lo había llamado, no dejó de alzar la voz contra ellos de vez en cuando, y de dar un noble testimonio en honor de ese Dios, en cuyo nombre hablaba. Si leen esta profecía, verán que nadie habló más en contra de tales

pastores que Jeremías. Especialmente en el capítulo que estamos leyendo, él se pronuncia muy severamente contra ellos. Les imputa varios delitos. En particular, les acusa de codicia. Dice en el versículo 13 – *‘Porque desde el más pequeño de ellos hasta el más grande de ellos, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el engaño’*. Y luego, en las palabras de nuestro texto, muestra cómo habían actuado con falsedad y cómo se habían comportado con traición hacia las almas pobres. Dice en el versículo 14 – *‘Y curan el quebrantamiento de la hija de Mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz’*. El profeta, en nombre de Dios, había estado proclamando que el Señor castigaría al pueblo con juicios. Versículo 11 – *‘Por tanto, estoy lleno de la ira de Jehová, estoy cansado de contenerme; la derramaré sobre los niños en la calle y sobre la reunión de los jóvenes juntamente; porque el marido también será preso con la mujer, el anciano como el lleno de días’*. El profeta da un mensaje atronador para que se aterroricen y tengan algunas convicciones e inclinaciones al arrepentimiento. Sin embargo, parece que los falsos profetas y sacerdotes se dedicaban a sofocar las convicciones del pueblo. Cuando la gente se aterrorizaba un poco, les decían que Jeremías no era más que un predicador entusiasta. Que no podía haber tal cosa como una guerra entre ellos. Le decían al pueblo: “¡Paz, paz!”, cuando Jeremías les decía que no había paz. Las palabras, pues, se refieren principalmente a las cosas externas, pero creo firmemente que también tienen una aplicación más profunda para el alma. También deben aplicarse a esos falsos pastores que, cuando las personas están bajo convicción de pecado y comienzan a mirar hacia el cielo, estos falsos pastores sofocan las convicciones de estas personas y les dicen que no se preocupen y que todo irá bien. Y, de hecho, a la gente en general le encanta que sea así porque nuestros corazones son sumamente engañosos y desesperadamente malvados. Nadie más que el Dios eterno sabe cuán traicioneros son. ¡Cuántos de nosotros clamamos “paz” a nuestra alma cuando no hay paz! Cuántos hay que piensan que son cristianos, que se engalanan creyendo que tienen un interés en Jesucristo; pero, si llegamos a examinar sus experiencias, descubriremos que su paz no es más que una paz del diablo. No es una paz dada por Dios. No es una paz que sobrepasa todo entendimiento humano. Querida congregación, es de gran importancia saber *si podemos* proclamar paz a nuestro corazón. Todos anhelamos la paz. La paz es una bendición inefable. ¿Cómo podemos vivir sin paz? Por eso, de

vez en cuando hay que enseñar a las personas hasta dónde deben llegar, y qué debe obrar en sus almas, antes de que puedan proclamar paz a su corazón. Esto es lo que deseo predicar. Para que pueda salvar mi alma y para que pueda estar libre de la sangre de aquellos a quienes predico. Para que no deje de declarar todo el consejo de Dios. Intentaré, a partir de las palabras del texto, mostrarles lo que deben experimentar y lo que debe obrarse en su alma, antes de que puedan hablar de paz a su corazón.

Antes de comenzar con esto, permítanme hacer una o dos advertencias. La primera es que doy por sentado que ustedes creen que la religión es algo *interno*. Creen que es una obra en el corazón y una obra realizada en el alma por el poder del Espíritu de Dios. Si no creen esto, no creen en su Biblia. Si no creen esto, aunque tengan una Biblia en sus manos, odian al Señor Jesucristo en su corazón. Porque en toda la Escritura se presenta la religión como la obra de Dios en el corazón. En Lucas 17:21, el Señor Jesús dice, *“Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios entre vosotros está”*. Pablo dice en Romanos 2:28-29 que, *“no es cristiano quien lo es exteriormente, sino quien lo es en lo interior”*. Si alguno de ustedes sitúa la religión en las cosas externas, entonces no les agradaré esta mañana. No me entenderán cuando hable de la obra de Dios en el corazón de un pobre pecador. Para ustedes será como si estuviera hablando en otro idioma. Quisiera añadir además una advertencia: de ninguna manera pretendo *limitar* a Dios. De ninguna manera diría que todas las personas, antes de llegar a tener una paz firme en sus corazones, estén obligadas a pasar por los mismos grados de convicción. ¡No! Dios tiene diversas formas de traer a Sus hijos al hogar. Juan 3:8 – *‘El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu’*. Sin embargo, sí quiero decir esto: que antes de que puedas hablar de paz a tu corazón, ya sea mediante convicciones de corta o larga duración, ya sea de manera más fuerte o más suave, debes experimentar lo que explicaré a continuación en el siguiente discurso.

En primer lugar, antes de que puedas encontrar paz en tu corazón, debes ser llevado a ver, a sentir, a llorar y a lamentar tus transgresiones reales contra la ley de Dios. Según el pacto de las obras, *‘el alma que pecare, esa morirá’*. (Ezequiel 18:20).

Maldito sea aquel hombre, sea quien sea, *‘que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley, para hacerlas’*. (Gálatas 3:10). No solo debemos hacer algunas cosas, sino que debemos hacer *todas las cosas*. La más mínima desviación de la ley moral, según el pacto de las obras, ya sea en pensamiento, palabra u obra, merece la muerte eterna a manos de Dios. Si un solo pensamiento malo, si una sola palabra mala, si una sola acción mala merece la condenación eterna, ¡cuántos infiernos, amigos míos, merecemos cada uno de nosotros, cuyas vidas enteras han sido una rebelión continua contra Dios! Por lo tanto, antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, debes llegar a ver y a creer cuán terrible es apartarse del Dios vivo. Mi querido amigo, examina tu corazón, pues espero que hayas venido a la iglesia con el propósito de mejorar tu alma. Permíteme preguntarte, en presencia de Dios, si sabes cuándo fue ese momento, y si no lo sabes exactamente, ¿sabes si hubo un momento en que Dios escribió cosas amargas contra ti y en que las flechas del Todopoderoso estaban dentro de ti? ¿Alguna vez te resultó doloroso el recuerdo de tus pecados? ¿Era la carga de tus pecados intolerable para tus pensamientos? ¿Alguna vez te diste cuenta de que la ira de Dios podría caer justamente sobre ti, a causa de tus transgresiones reales contra Dios? ¿Alguna vez en toda tu vida te arrepentiste de tus pecados? ¿Alguna vez pudiste decir con David: *‘Porque mis iniquidades han pasado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí’*? (Salmo 38:4)? ¿Alguna vez experimentaste algo así en tu corazón? ¿Alguna vez ocurrió algo así entre Dios y tu alma? Si no es así, por causa de Cristo, no te llames cristiano. Puedes hablarle de paz a tu corazón, pero no hay paz. ¡Que el Señor te despierte! Que el Señor te convierta, y que el Señor te dé paz, si es Su voluntad, ¡antes de que te vayas a tu hogar!

En segundo lugar: es posible que estés convencido de tus pecados actuales, hasta el punto de temblar, y sin embargo seas un extraño a Jesús. Es posible que no haya una verdadera obra de gracia en tu corazón. Antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, la convicción debe ser más profunda. No solo debes estar convencido de tus transgresiones actuales contra la ley de Dios, sino también de la raíz de todas tus transgresiones. ¿Y qué es eso? Me refiero al pecado original, esa corrupción original que cada uno de nosotros trae consigo al mundo, la cual nos hace

susceptibles a la ira y la condenación de Dios. Hay muchas personas que se consideran buenos razonadores, pero pretenden afirmar que no existe tal cosa como el pecado original. Acusan a Dios de injusticia al imputarnos el pecado de Adán. Aunque llevamos la marca de la bestia y del diablo sobre nosotros, nos dicen que no nacemos en pecado. Que miren al mundo y vean el desorden en que se encuentra, y piensen, si pueden, si este es el paraíso en el que Dios puso al hombre. ¡No! Todo en el mundo está desordenado. A menudo he pensado que, si no hubiera ningún otro argumento para demostrar el pecado original, entonces el hecho de que los lobos y los tigres se levanten contra el hombre, sí, incluso el ladrido de un perro contra nosotros es una prueba del pecado original. Si no fuera por el primer pecado de Adán, los tigres y los leones no se levantarían contra nosotros. Porque cuando los animales se levantan contra nosotros, es como si nos dijeran, “Han pecado contra Dios, y nosotros defendemos la causa de nuestro Creador”. Si miramos dentro de nuestro corazón, veremos suficientes deseos perversos y una disposición del hombre contraria a la disposición de Dios. En todos, hay orgullo, malicia y venganza en nuestros corazones, y estas cosas no pueden provenir de Dios. Más bien provienen de nuestro primer padre, Adán, quien, después de alejarse de Dios, se convirtió en hijo del diablo. Hay algunas personas que tal vez nieguen esto; sin embargo, cuando llega la verdadera convicción, todos los razonamientos carnales son arrasados de inmediato y la pobre alma comienza a sentir y a ver la fuente de la cual fluyen todas las corrientes contaminadas. Cuando el pecador despierta espiritualmente, por primera vez, comienza a preguntarse, “¿Cómo llegué a ser tan malvado?”. El Espíritu de Dios abre los ojos espirituales y le muestra al pecador que no hay nada bueno en él por naturaleza. Entonces ve que se ha desviado por completo del camino y que se ha vuelto totalmente abominable. El pobre pecador se ve obligado a postrarse a los pies del trono de Dios y a reconocer que Dios sería justo al condenarlo y al apartarlo, incluso si nunca hubiera cometido un solo pecado en su vida. ¿Alguna vez has sentido y experimentado esto? ¿Alguna vez llegaste a ese punto en el que tuviste que justificar a Dios en tu condenación? ¿Tuviste que reconocer que por naturaleza eres hijo de la ira, y que Dios puede rechazarte con justicia, aunque en realidad nunca lo hayas ofendido en toda tu vida? Si alguna vez sentiste verdadera convicción, si tu corazón alguna vez se quebrantó de verdad, y si perdiste toda tu justicia propia, entonces te haría ver

y sentir esto. Si nunca has sentido el peso del pecado original, no te llames cristiano. Estoy profundamente convencido de que el pecado original es la mayor carga de un verdadero convertido. El pecado original aflige continuamente al alma regenerada y santificada. La presencia del pecado en el corazón es la carga de una persona convertida, y es la carga de un verdadero cristiano. Él clama continuamente con Pablo en Romanos 7:24 – *‘¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?’* ¿Quién me librará de esta corrupción que habita en mi corazón? Esto es lo que más perturba a una pobre alma. Por lo tanto, si nunca has sentido esta corrupción interior, si nunca has visto que Dios podría maldecirte con toda justicia por ella, en verdad, mi querido amigo, puedes hablarle de paz a tu corazón, pero temo, no, sé que no hay verdadera paz en tu corazón.

Antes de continuar, cantemos Salterio 102:1-4

En tercer lugar: antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, debes sentirte afligido no solo por los pecados de tu vida y el pecado de tu naturaleza, sino también por los pecados cometidos en el cumplimiento de tus mejores deberes y obras. Cuando un alma pobre se despierta un poco ante los terrores del Señor, entonces esa pobre criatura, al haber nacido bajo el pacto de las obras, vuelve a refugiarse directamente en un pacto de las obras. Así como Adán y Eva, se escondieron entre los árboles del jardín y cosieron hojas de higuera para cubrir su desnudez, así también el pobre pecador, cuando se despierta espiritualmente, huye hacia sus deberes y sus obras para esconderse de Dios, y se dedica a remendar una justicia propia. Piensa, “Ahora voy a vivir mejor. Reformaré mi vida. Haré todo lo que pueda y entonces, sin duda, Dios tendrá misericordia de mí”. Sin embargo, antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, debes llegar a comprender que Dios podría condenarte incluso por la mejor oración que jamás hayas elevado. Debes llegar a comprender que todas tus buenas obras y toda tu justicia son como trapos de inmundicia. Cuando se suman todas tus buenas obras y toda tu justicia, están muy lejos de recomendarte ante Dios y de ser motivo o incentivo alguno para que Él tenga misericordia de tu pobre alma. Él los verá como trapos de inmundicia, como un paño manchado de sangre menstrual. Dios los odia y no puede aceptarlos si se los presentas para ganarte Su favor. ¡Fuera con su propia justicia! Mis queridos

amigos, ¿qué puede haber en nuestras obras para recomendarnos a Dios? Por naturaleza estamos en un estado no justificado y merecemos ser condenados diez mil veces. ¿Cómo deben ser nuestras obras? Por naturaleza, no podemos hacer nada bueno. Romanos 8:8 – *‘Así que los que están en la carne no pueden agradar a Dios’*. Quizás pienses en hacer muchas cosas buenas, pero no puedes hacer nada que sea formal y verdaderamente bueno, porque la naturaleza no puede actuar contra sí misma. Es imposible que un hombre que no se ha convertido pueda hacer algo para la gloria de Dios. No puede hacer nada con fe porque no tiene fe. Romanos 14:23 – *‘Todo lo que no es de fe es pecado’*. Después de que un hijo de Dios recibe un nuevo nacimiento espiritual, solo es renovado en parte. El pecado sigue morando en él y hay una mezcla de corrupción en cada uno de sus deberes. Si después de su conversión, Dios lo aceptara únicamente según sus obras, sus obras lo condenarían, porque no puede orar sin alejarse de la perfección que exige la ley moral. No sé qué pienses tú, pero yo no puedo orar sin pecar. No puedo predicarles a ustedes, ni a nadie más, sin pecar. No puedo hacer nada sin pecar; y, como alguien lo expresa, necesito arrepentirme de mi arrepentimiento, y mis lágrimas necesitan ser lavadas en la preciosa sangre de mi querido Redentor. Nuestras mejores obras no son más que pecados espléndidos. Antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, no solo debes odiar tu pecado original y actual, sino que debes odiar tu propia justicia. Es decir, por todos tus deberes y obras. Debe haber una convicción profunda antes que puedas quitarte de tu propia justicia. Es el último ídolo que se quita de nuestro corazón. El orgullo de nuestro corazón no nos permite someternos a la justicia de Jesucristo. Si nunca has sentido que no tienes justicia propia y si nunca has sentido la insuficiencia de tu propia justicia, entonces no puedes venir a Jesús. Hay muchos que dirían, “Bueno, creemos todo esto; pero hay una gran diferencia entre decir y sentir”. ¿Alguna vez has sentido la necesidad de un querido Redentor? ¿Alguna vez has sentido la necesidad de Jesucristo, debido a la insuficiencia de tu propia justicia? ¿Puedes decir ahora desde lo más profundo de tu corazón – “¿Señor, Tú podrías condenarme con toda justicia por las mejores obras que siempre he cumplido”? Si no estás, de esta manera, nunca has sido cortado de toda tu justicia propia, entonces puedes hablarle de paz a tu corazón, pero te estás engañando a ti mismo.

En cuarto lugar: antes de que puedas hablarle de paz a tu alma, hay un pecado en particular por el que debes estar muy preocupado. Me temo que son pocos los que piensan en él. Es el pecado dominante y maldito del mundo cristiano, y, sin embargo, el mundo cristiano rara vez, o nunca, piensa en él. ¿Cuál es este pecado? Es aquel del que la mayoría de ustedes cree no ser culpable, y es el pecado de la incredulidad. Antes de que puedas hablarle de paz a tu corazón, debes estar consternado por la incredulidad de tu corazón. ¿Podría ser cierto que alguno de ustedes sea incrédulo aquí, en esta iglesia reformada de Tarija, y que vaya a la iglesia todos los domingos? ¿Podría ser que estés bautizado, participes de la Santa Cena y ores con frecuencia, pero no creas en el Señor Jesús? Me temo que, bajo escrutinio, descubriríamos que la mayoría de ustedes no tiene tanta fe en el Señor Jesucristo como la tiene el diablo mismo. Estoy convencido de que el diablo cree más en la Biblia que la mayoría de nosotros. Él cree en la divinidad de Jesucristo, y eso es más de lo que creen muchos de los que se llaman a sí mismos cristianos. Sí, él cree y tiembla, y eso es más de lo que hacemos muchos de nosotros. Amigos míos, confundimos una fe histórica con una fe verdadera, puesto en el corazón por el Espíritu de Dios. Crees que tienes fe porque crees que existe un libro al que llamamos la Biblia y porque vas a la iglesia. Puedes hacer todo esto y, aun así, no tener verdadera fe en Cristo. El mero hecho de creer, con una fe histórica, que existió una persona llamada Cristo, y el mero hecho de creer que existe un libro llamado la Biblia, no les servirá de nada, que creer que existió un hombre llamado César o Alejandro Magno. La Biblia es un depósito sagrado. ¡Cuánta gratitud debemos mostrar a Dios por Su preciosa Palabra! Sin embargo, podemos tener Su preciosa Palabra y, aun así, no creer en el Señor Jesucristo. Mis queridos amigos, debe haber un principio forjado en el corazón por el Espíritu del Dios vivo. Si les preguntara cuánto tiempo hace que creen en Jesús, supongo que la mayoría de ustedes me diría que cree en Jesucristo desde que tiene memoria y que nunca ha tenido ninguna incredulidad. Decir esto me demuestra que aún no crees en Jesucristo con una fe verdadera, a menos que hayas sido regenerado desde el seno materno, como Juan el Bautista. Porque los verdaderos hijos de Dios recuerdan un tiempo, en el que no creían en Jesús. Quizás digas que amas a Dios con todo tu corazón, toda tu alma y todas tus fuerzas. Si te preguntara cuánto tiempo llevas amando a Dios, me responderías, “Desde que tengo uso de memoria. Nunca he

odiado a Dios y nunca ha habido enemistad en mi corazón contra Dios”. Entonces, a menos que hayas sido regenerado desde el vientre materno, nunca has amado a Dios en verdad en tu vida. Mis queridos amigos, soy más específico en este punto porque muchas personas piensan que creen, y este es un engaño de lo más traicionero por el cual muchas personas se dejan llevar. Por ejemplo, se cuenta que el Sr. Marshall, al relatar sus experiencias, que había trabajado toda su vida y había organizado sus pecados bajo los diez mandamientos, y luego, acercándose a un pastor, le preguntó la razón por la cual no podía obtener paz. El pastor miró su lista y dijo: “A ver, no encuentro en su lista ni una palabra sobre el pecado de la incredulidad”. Es la obra peculiar del Espíritu de Dios convencernos de nuestra incredulidad. Convencer a que no tenemos fe. El Señor Jesús dice acerca de la incredulidad en Juan 16:9 que el Espíritu Santo convencerá *‘de pecado ciertamente, por cuanto no creen en mí’*. Ahora bien, mis queridos amigos, ¿les mostró Dios alguna vez que no tenían fe? ¿Alguna vez te has lamentado por tener un corazón duro e incrédulo? ¿Alguna vez has orado desde lo más profundo de tu corazón, “Señor, ¿dame la verdadera fe? Señor, ¿capacítame para creer en Ti? Señor, ¿capacítame para llamarte mi Señor y mi Dios?” ¿Te ha convencido Jesús alguna vez de esta manera? ¿Te ha convencido alguna vez de tu incapacidad para acercarte a Él? ¿Alguna vez te has visto en la necesidad de clamar a Dios para que te diera fe? Si no es así, no le hables de paz a tu alma. ¡Que el Señor te despierte y te conceda una paz verdadera y duradera antes de que sea demasiado tarde!

Amén.